
El Presagio

Gabriel Miró

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 6448

Título: El Presagio

Autor: Gabriel Miró

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 28 de enero de 2021

Fecha de modificación: 28 de enero de 2021

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Presagio

Naturalmente somos los alicantinos distraídos, indolentes y pacíficos. No cavamos nuestra alma con lentas y profundas meditaciones ni resistimos mucho tiempo un mismo pensamiento.

Es verdad que lo nuevo, lo inesperado, nos intranquiliza y alborota, y que lo decimos y comentamos, y de todo contendemos muy ardientemente, viéndolo desemejante por excesos imaginativos. Mas luego vienen las zumbas y risas y el olvido, y somos dichosos en la dejadez, indiferencia y socarronería.

Hay en el diccionario un vocablo que sospecho extraído de la cantera espiritual de nuestro pueblo. *Alicantina*, f. fam.: «treta, astucia o malicia con que se procura engañar o no ser engañado».

De modo que no necesitamos de bizarrías, audacias ni de costosas empresas. Nos basta con una *alicantina* o varias, y se desliza nuestra vida placentemente, contemplando el mar liso, bruñido, perezoso, y los campos, secos, amarillentos; todo cegador de lumbre, que hace entornar los ojos y nos predispone para una siesta eterna y venturosa. A esto y a nuestros buenos padres los árabes culpamos de nuestro temperamento. Otros antiguos contribuirían también. Yo no sé lo que de nuestra psicología hubiera escrito *Stendhal*, la señora Stäel, Taine... Da lo mismo. Quizás Unamuno nos diría cuatro lindezas o cuatro frescas. Perdería el tiempo.

Diréis que por fuerza hemos de tener nuestra característica. Y sí que la tenemos. En crónicas, libros de viajes, y hasta en las más humildes geografías, podéis leer que los alicantinos somos muy hospitalarios. Y sí que lo somos. Verdaderamente hemos recibido un opulento mayorazgo para lucirnos y agasajar al huésped, sin desconfianza ni miedo de que se lo lleven o menoscaben. Esa riqueza es nuestro ambiente, dulcísimo y dorado, como si viviésemos acostados dentro de un inmenso panal, que, afortunadamente, no necesitamos labrarnos, y nuestros bosques de

palmeras, que tampoco ha sido menester que las plantásemos nosotros, ni es bueno tocarlas, porque la principal rareza y hermosura la tienen en la evocación del pasado o de tierras sagradas y remotas.

¡Oh, nuestra bella heredad de cielo alegre, limpio, nuevecito como recién pintado de azul por las manos de Dios; de clima amorosísimo y templado como regazo de madre; de mar dócil, resplandeciente de sol, que dora y madura hasta las sierras; de sombra deleitosa y romántica de palmeras!

Tal vez convendría algún trabajo para el atavío y perfección de nuestro solar, divertimento y tentaciones que llamasen y retuviesen a los de fuera, a los enfermos, a los amigos de holganza; pero de esta preocupación y faena es justo que otros se encarguen. ¡Nosotros no hemos de darlo y hacerlo todo!

* * *

Tranquilos y alborozados vivíamos de nuestra vida sosegada, que para algún filósofo pizmiento y lúgubre acaso signifique el devorarnos a nosotros mismos muy ricamente y sin sentirlo, cuando tembló nuestra tierra y antojósele a un arúspice bárbaro leer en las entrañas, no de ave, sino de terrible sismógrafo, que habíamos de sufrir otro estremecimiento que derrumbaría la ciudad.

Gritamos, gemimos, suspiramos. Hombres de sabiduría nos enteraron de la liviandad de la corteza cuaternaria, basa de Alicante.

Desde entonces, si mirábamos el suelo de la calle o las torrenteras del castillo o los bancales del paisaje cercano, seguidamente calificábamos la condición del terreno y decíamos, *mioceno*, *cretáceo* y otras lindezas geológicas.

Hubo noticia de que una sierra próxima hervía en sus profundos y humeaba en su cumbre. Y luego fuimos valerosamente a contemplarla. Era día blando, suavísimo, de lluvia de lágrimas, lluvia menudita que saca la fragancia de maternidad a los campos, que regocija el verdor de los alcaceres y lava buenamente a los árboles.

Subíamos la sierra buscándole hiendas para escuchar los truenos de la sima infernal. Y toda sosegaba. En los abrigos de las húmedas cañadas recibíamos la temprana sonrisa de la primavera de los almendros floridos;

la cumbre humeaba bellamente de nieblas muy blancas y tendidas.

Pues entonces ¡no había volcán! Pero el presagio de ruina y acabamiento ya era de precisión que crispaba de terror la pobre vida nuestra. Había de suceder el 20 de marzo. Estaba escrito por hados fatídicos leídos en el sol y la luna. Acaso subiese el mar y avanzase anchamente. Alguien recordó profecías de San Vicente, patrón de un pueblecito memorable por la captura de *el Herrero*. Afirmaron que el santo dijo: «San Vicente será puerto de mar». Y esto no podía ser sino pasando las aguas por encima de nosotros.

Resbalaba el tiempo; mirábamos los astros y no veíamos nada; mirábamos al mar... y tampoco. ¡Señor, Señor! ¡Y era posible que pereciésemos viéndonos tan sanos, gozando tan deleitoso clima y sin poder aperebirnos contra el enemigo!

Los ricos invernantes huyeron. Hoteles y hospederías quedaron despoblados, tristes, en silencio. Por sus corredores y aposentos sólo resonaban las pisadas del dueño entristecido. Y antes que nuestro delgado cuaternario, tembló el comercio alicantino. Las gentes huían...

¡Oh, profunda, brava, consoladora y sin igual alegría de medrosos y mercaderes, que podían vengarse de la propia flaqueza y de sus quebrantos, odiando y maldiciendo ferozmente al escondido monstruo de la catástrofe, plasmado y hecho carne en los sabios geólogos, astrónomos y periodistas que, presagiando y publicando el exterminio, nos arruinaban por adelantado alma y hacienda climatológica!

Mas el augurio tuvo reparos y modificaciones. Nuestro hundimiento ya no era seguro, sino probable, y tal vez nada más que posible. Había de suceder la horrenda desventura... en algún punto. *De cien mil probabilidades*, una tenía Alicante de ser el escogido. Entonces, la incertidumbre fue un padecer de agonía. ¡Es que no podíamos siquiera hacernos el ánimo de morir!

Llegaron las vísperas de nuestras postrimerías, y muchas gentes, acabada la cena, fueron a lo llano y descubierto de las plazas y afueras, para evitar la muerte entre escombros, si es que sucedía anticipada. Por la mañana, la labor en escritorios, agencias y almacenes se distraía o retardaba. Un señor licenciado hubo de razonar muy severo con su amanuense:

—Son cerca de las doce. ¿No le parece que vino usted tarde?

—¡Sí, señor; algo tarde vine!

—¡Y cómo algo!

—Es que nos acostamos al amanecer. Hemos pasado la noche yo, la mujer y otros vecinos en la calle, porque ya ve... ya sabe... los peligros...

—¡Pero eso es impío! ¡Es impío exponer las criaturitas a las crudezas de la noche! ¿No lo piensan ustedes?

—¡No, señor; si los chicos estaban en casa!

La fe, la piedad revivió en los tibios. Se llenaban los templos de almas laceradas, que pedían confesión. Y después de la penitencia, fuera de los cancelos, la mirada pasaba ansiosamente de la dulce umbría de las capillas a la lumbre gozosa del mar que había de engendrar la ola maldita.

En los hogares se rezaba con grandísima contrición, singularmente de noche. Después, las señoras se acostaban sin desnudar sus cuerpos ni descalzar sus pies. ¡Podrían recogerlas muertas, pero al menos estarían vestidas! También algunos varones ilustres demostraron honestos sentimientos.

Y entramos en la noche siniestra. Terminaba el día del patriarca San José, abogado de la buena muerte, y para el santo eran las oraciones y jaculatorias más fervientes.

Algunos padres, maridos, hermanos, quisieron salir un momento por escuchar el espacio, el mar y a los hombres. Fueron al casino. En el vestíbulo vieron escrita la pizarra de los telegramas. Devoraron la estupenda noticia y corrieron desaladamente a sus casas.

Las esposas, las hijas, las hermanas, las fámulas, amarillas, mustias, exprimidas, acabadas por las vigiliadas, oraban en grupo de dolor y arrepentimiento. De súbito enmudecieron para atender la noche.

En los olmos y palmeras de los paseos, en los hierros y balaustres de los balcones, gemía el vendaval. Sonó una puerta. Se oyeron pasos, gritos... Las cabezas se rindieron, esperando, esperando... ¡Y entró él! Le contemplaron espantadas, enloquecidas.

—¿Qué, qué?

—¡Por fin! ¡Ya está! Hay un telegrama...

—¡Jesús! ¿Y qué, qué?

—La catástrofe ha sido en Barcelona. Se ignoran detalles de víctimas... Pero ¡ha sido!

Y todas las manos se elevaron al Señor, mientras los labios suspiraban trémulamente:

—¡¡Gracias, gracias, Dios mío!!

* * *

No nos hemos muerto, ni en Barcelona tampoco. Era mentiroso y humorístico el telegrama.

Los alicantinos nos reímos dichosamente gozando nuestra siesta perdurable, y desde ahora no nos conmovió ni el presagio del más espantoso terremoto.

Gabriel Miró



Gabriel Miró Ferrer (Alicante, 28 de julio de 1879-Madrid, 27 de mayo de 1931) fue un escritor español, encuadrado habitualmente en la llamada generación del 14 o el novecentismo.

En 1911 le nombraron cronista de la provincia de Alicante. Desde 1914 anduvo empleado en la Diputación de Barcelona, donde se trasladó a vivir. Allí dirigió una Enciclopedia sagrada para la editorial catalana Vecchi & Ramos, proyecto que no se llegó a concluir pero que le satisfizo

íntimamente, y entre 1914 y 1920 colaboró en la prensa barcelonesa: Diario de Barcelona, La Vanguardia y La Publicidad. Conoce allí al editor de muchas de sus novelas, Domenech. Se trasladó a Madrid al ser nombrado en 1920 funcionario del Ministerio de Instrucción Pública y allí permaneció los últimos diez años de su vida; en 1921 era Secretario de los concursos nacionales de ese mismo ministerio. En 1925 ganó el Premio Mariano de Cavia por su artículo "Huerto de cruces" y en 1927 es propuesto para la Real Academia Española, pero no fue elegido, quizá por el escándalo levantado ante su novela El obispo leproso, considerada anticlerical.

La mayor parte de la crítica considera que la etapa de madurez literaria de Gabriel Miró se inicia con Las cerezas del cementerio (1910), cuya trama desarrolla el trágico amor del hipersensible joven Félix Valdivia por una mujer mayor (Beatriz) y presenta —en una atmósfera de voluptuosidad y de intimismo lírico— los temas del erotismo, la enfermedad y la muerte.

En 1915 publicó El abuelo del rey, novela en la que se relata la historia de tres generaciones en un pueblecito levantino, para presentar, no sin ironía, la pugna entre tradición y progreso y la presión del entorno; pero, ante todo, nos encontramos con una meditación sobre el tiempo.